

REVISTA SALMANTRIANA



Periódico de Literatura, Ciencias y Artes.

**METAMORFOSIS**

de una gota de agua segun  
A. Bertsch.

Nada hay inútil en la naturaleza; desde la encina hasta el bisopo, desde el Océano hasta el átomo mas imperceptible de agua, todo en el orden eterno de las cosas llena un lugar importante y concurre bajo mil formas á la armonía del universo. Qué de maravillas un genio observador sabe descubrir en el menor átomo de polvo, en el caliz de la flor mas humilde! Cuantas criaturas despreciadas por el vulgo desarrollan á los ojos del naturalista gigantescos efectos! Qué es una gota de agua para muchos? Menos que nada. Caee del cielo, moja un instante la hoja de un árbol ó la piedra de un camino; después su papel está cumplido, se evapora y entra otra vez en la nada de donde salió.

Pero tomemos el trabajo de estudiar sus diversos destinos, sigámosla en sus largos viages, y no podremos menos de confesar su gran mision en los fenómenos mas importantes de la naturaleza. Veremos en efecto, siguiendo las interesantes metamorfosis que una gota de agua puede experimentar, como un átomo humilde verifica en pocos instantes inmensos viages al través del mundo, como atraviesa los continentes y los mares, va del polo al ecuador, y gravita sobre la cima de las rocas ó penetra hasta las entrañas de la tierra. Bien pronto comprenderemos por qué las montañas se cubren de nieve; donde se forman las nubes y de qué manera son alimentados los rios, porque para esto basta el considerar una gota de agua tal como nos viene del cielo.

— Si caee sobre un terreno cultivado se sumerge en él para refrescar y vivificar las raíces de las plantas, se remonta con la savia distribuyendo á las ramas los jugos

alimenticios que ella ha agotado en su trayecto; muy luego saliendo al traves de las hojas en partículas imperceptibles se evapora, ó mejor dicho, se disuelve en la atmósfera. Si en lugar de caer en un terreno que la pueda absorber, encuentra por el contrario una piedra, la primer corriente de aire que pase la convierte en vapor y la hace así viajar, hasta que bajo condiciones de las que hablaremos muy pronto, vaya á formar una gota de agua semejante á la primera. A fin de comprender bien esto es necesario tener en cuenta que el aire puede disolver el agua, como esta disuelve el azucar sin que su transparencia se altere lo mas minimo, y que se disuelve tanta mayor cantidad cuanto su temperatura sea mas elevada; he aquí porque en el estío aun cuando el cielo presenta un hermoso color azul, estando el aire muy caliente tiene una cantidad de vapores en disolucion, y porque en esta estacion las tempestades pueden formarse con tanta rapidez. Hay por otra parte una esperiencia bien sencilla que nos esplica facilmente este fenómeno.

Quando en una habitacion caliente se introduce una alcarrafa llena de agua fria, y bien enjugada por de fuera, su superficie no tarda en humedecerse, aun quando en la habitacion no se note la mas ligera humedad; la causa no es otra que el enfriamiento rápido experimentado por el aire que rodea la espresada vasija haciéndole abandonar el vapor que tenia en suspension. Pues bien, lo que aquí observamos en pequeño, verifica la naturaleza en grande en el fenómeno de la lluvia. En una atmósfera ardiente, con un suelo tambien caldeado por los rayos del sol, si pasa una corriente de aire bien pronto condensa su vapor, dando origen á las nubes, y si este aire continúa frio la nube necesariamente se resuelve en lluvia; y segun que estos diversos cambios se verifiquen de un modo lento ó rápido, así se producirán las nieblas, las lluvias fuertes ó menudas.

Explicada ya la teoría de las lluvias facilmente se comprende de que manera bajo mil formas una gota de agua recorre distancias enormes, atraviesa el Oceano y

214— puede dar vuelta al mundo. Un soplo de aire la arrebatá, la entrega á los caprichos de los vientos; la menor variacion de temperatura la trasforma y el mas ligero incidente puede darle propiedades nuevas.

Por ejemplo en un dia abrasador de verano en que el aire está caliente, y que por la noche pierde en virtud de la radiacion el calor adquirido, nuestra gota de agua mantenida en vapor por el sol, se condensa en perlas brillantes sobre las flores ó sobre las hojas de los árboles, pero no ya bajo la forma de niebla ni de lluvia, sino convertida en rocío. En este estado el viento la lleva á la cima de una montaña, donde siendo el frio demasiado intenso, la gota de agua cristaliza en delicadas agujas de nieve que se depositan sobre la roca.

No se crea que en este estado queda ya inactiva, al contrario, calentada la nieve insensiblemente se convierte otra vez en agua que cayendo sobre el carámbano la vuelve á congelar otra vez. Todavía su mision no ha concluido; convertida en vapor por los rayos del sol, nuestra gota de agua vuelve despues de muchos años de esclavitud á engrosar magníficas cascadas ó alimentar numerosos torrentes. Estos cuya rapidez disminuye al chocar contra las rocas forman despues frescos riachuelos que fertilizan los vallados, se reúnen poco á poco, toman un lecho comun, se engrandecen á medida que se separan del origen y van en fin á perderse ó mas bien á verterse en el mar. Es de aquí de donde eternamente y sin interrupcion el sol la devuelve á los rios gota á gota para llevarla á la cima de las montañas sin que nunca en su largo curso se pierda un solo atomo, es de aquí de donde las gotas de agua se elevan para dispersarse en las nubes por el viento que las arrastra hasta mas allá de los desiertos, convirtiéndolas en nieve en las regiones boreales, donde cristalizan en guirnaldas de escarcha, que van á fijarse sobre las ramas desnudas de los árboles, ó cae en forma de rocío durante la noche sobre el nectar de las flores para escaparse bajo la influencia del sol cargada de suavísimos perfumes.

ANGEL VILLAR Y PINTO.

## DEBAJO DE LOS NARANJOS.

*En vez de Amor, Amistad.*

### CARTA TERCERA.

Sali tan mareado de casa de Angela, que tuve que detenerme detras de una tapia hasta que el aire me refrescara. Despues hice una especie de plegaria al cielo, que aqui te copio, para que vayas empapandote en mi intima situacion.

¡O Dios mio! tú que cuidas de millares de mosquitos que danzan por los aires gozando de su libertad, no pierdas de vista la de este pobre naufrago que no acierta á descifrar si está en la isla de Calipso ó en la de Circe. ¡Oh Dios mio! ten piedad de mi ternura... Aquí llegaba, querido mio, cuando oigo una voz hombruna, que me decia: ¿Dónde anda V.? Era el Alcalde y comparsa que salian en mi busca. Te hubiera gustado el disimulo agasajador que de repente tomé. Hablan algunos del Proteo de la fábula; quién mas Proteo que el hombre; y que otra fábula que la vida!

Señores: les digo con la sonrisa en los labios; he gozado lo que nadie imaginara! Yo ignoraba que fuese este pais tan hechicero. Qué sitios! qué sombras! qué atmósfera! Lo que me alegro de no haber marchado ayer!

—Este es el jardin del mundo; dijo el Alcalde. Debe V. estarse aqui ocho dias. No estará V. como en la Ciudad, porque nuestras casas no son tan buenas; ni la asistencia... Pero mire V., mi Dionisia es una cendra! Y la faltó la madre á lo mejor... Estoy temblando que se me case..

Me dió por el naípe, querido mio; vamos hasta el cementerio, le digo, dejando atras al acompañamiento, con el maquiabélico fin de explorarle...

—Efectivamente, he observado la mucha disposicion de Dionisia. En sus maneras y su despejo, parece que no se ha criado en una aldea.

—Mire V., ha pasado largas temporadas en Cádiz, con una hermana mia, fué

educada en sus primeros años por un sabio, y de suyo es la misma agudeza. Si la viera V. gobernar la casa! atiende á la labor; atiende á los ganados, cose, borda, escribe con primor, y á cuentas! á cuentas no la gana nadie...

—Pues si se casa, pierde V. mucho.

—Ha tenido bastantes conveniencias; pero no tiene aficion al estado. Para ella todos son brutos, ó ñoños... En fin, no encuentra quien la cuadre.

—Y diga V., quién fué ese sabio que la dió la primera educacion?

—El célebre N. F.; diputado á córtes: le conoció V.?

—No señor: pero he leído muchos de sus escritos, muchos de sus discursos. Fué un sabio sin duda. Era natural de este pueblo? Tiene aqui parientes?

—Si señor: tiene una hermana y una sobrina. Si V. la conociese, veria un talento!...

—Pues en verdad, que quisiera conocerla.

—Es muy sencillo: es la intima de Dionisia: siempre juntas... Y cuidado, que no come Dionisia un piñon sin dar la mitad á su Angela. Yo no se lo prohibo porque gracias á Dios, me sobra mucho para una hija que tengo; pero crea V. que no consiente Dionisia que falte en casa de Angela ni leña, ni carbon, ni aceite... Mire V.—íbamos ya llegando á casa—vé V. la criada que sale con esa cesta? Pues... como si lo viera, una racioncita de lo mejor para su Angela...—En esto pisabamos ya el umbral y Dionisia se asomaba: á dónde vá la criada? le preguntó el padre. —A llevar á Angela golosinas.

—Se conoce, la digo yo, que quiere V. mucho á esa Angela.

—La quiero tanto, que si alguno me la ofendiera... y me clavó los ojos, como diciendome «cuidadito.»

—Nos pusimos á la mesa: pensarás que fué mesa de aldea? Te equivocas: mucho aseo, gusto, abundancia, buen servicio, &c. &c. La comida estuvo animada con las agudezas de Dionisia, que cogió de su cuenta al predicador y no le dejó hueso sano. Pocas veces la critica mas sutil me hizo reir tanto.

Sr. Cura, dijo Dionisia al final, eche V. la bendición y la de Dios caiga sobre los que no tengan malas intenciones. —Amen, respondi; y ella replicó: me alegro que V. responda. Vamos, vamos; hay que ir al toro: V. querrá echarse un poco, dirigiéndose á mí: y luego al padre: VV. se marchan, porque ya la plaza estará llena, y no tengamos alborotos: mientras el Sr. duerme un poco, yo recojo y me avio: guarden VV. sitio para los dos. Venga V. á echarse, y me llevó á una sala: duerma V. á pierna suelta, quietito hasta que yo avise y todo se compondrá: cerró y marchose.

Lo ves, querido? Esta muger me trae y me lleva como á silla paridera... No me atrevo á replicarla y aunque me abochor- ne decirlo, casi la tengo miedo...

Me eché; como querias que durmiera! Pensé, cavilé y medité: esperé, esperé y esperé, hasta que mi carcelero entró, abrió las ventanas y descorriendo una punta de la cortina, me dijo:—Cuánto habrá V. dormido!—Si no he pegado los ojos.—¿Pues qué penas le acongojan? —Que se yo, Dionisia. Me interesa tanto la suerte de Angela! —Es en extremo interesante; y lo peor es que V. va á empeorarla.—Dionisia, V. se burla de mis sentimientos?—No por cierto; pero tengo yo una nariz!...—Y que huele V., sale de mi algun hedor?...

—Si, huele V. á enfermo... Quiere V. una receta infalible? Mire V., soy curan- dera...

—V. lo es todo... Pero en fin, venga esa receta.

—Se acercó á la mesa; escribió un so- lo renglon; cerró el papel con oblea; y me dijo; tome V., no le abra hasta que baje á hablar á Angela que le está espe- rando; y cuidadito! La tranquilidad de Angela es lo que mas apetezco en este mundo. Un hombre de tan buenas pren- das, no es capaz de robarme lo que mas quiero... Vamos, coja V. esa escopeta y bage con migo; que tengo que irme al toro. Diré que le dolia á V. la cabeza y se fué de caza.

—Me acordé un poco de la dignidad de hombre, y la dije. No, Dionisia: ambos

nos vamos al toro, y en concluyendo, una legua se anda pronto; monto á ca- ballo, y no vuelvo á asomar á este lugar encantado. Y si roban eso que V. tanto apetece, no me llamarán á mi ladron.

—Esa venganza la pagaría quien no la debe: Angela le espera á V., y si no vol- viese V. á verla!... Siento haberme esce- dido; esta ingenuidad me mata; he sido muy indiscreta... Quisiera se vengase V. de mí, pero de la pobre Angela!... Le quiere á V. tanto!

—Pues bien, voy á pasar la tarde con Angela y mañana las dejo á VV. en paz, si es que por mí están en guerra.—Bajé por la solana al huerto, y al despedirme de Dionisia, la noté ruborizada. Entré por el parral y encontré á Angela sola con un libro que no leia. Me hizo sentar, y me preguntó ¿qué papel es ese?—Leale V.—Es para mí?—Ni puedo decirlo; Dionisia me le ha dado para que le leyera delante de V.; leale V.—Qué rareza! y viene V. como desazonado... Qué ha ocur- rido?—voy á contarselo á V.; pero vea- mos que dice esta receta tan ponderada por la curandera Dionisia. Le abrió y de- cía.—«En vez de amor, amistad.»—En- tiende V. esto, Angela? Se ruborizó y no pudo responderme. La conté en seguida todo lo ocurrido con Dionisia, y echó á llorar. Sabes el efecto de sus lágrimas? Que te lo diga el Soneto de Lope de Vega.

Daba sustento á un pajarillo un dia  
Luscinda, y por los hierros del portillo  
Fuésele de la jaula el pajarillo  
Al libre viento, en que vivir solia.

Con un suspiro á la sazón tardia  
Tendió la mano; y no pudiendo asillo  
Dijo.....

¿A dónde vas por despreciar el nido  
—Al peligro de ligas y de balas,  
—Y el dueño huyes, que tu pico adora?  
—Oyola el pajarillo enternecido,  
—Y á la dulce prision volvió las alas;  
—Que tanto puede una muger que llora.

Y por qué llora V., Angela? Me cree V. culpable en algo de lo relacionado?

—No señor: la culpable soy yo; estas lágrimas son de arrepentimiento, y V. que

tiene tan buenos sentimientos, me absolverá sin duda. Esta es la primera vez que me confieso con vergüenza. Pero tengo que hacerlo: está V. ofendido, muy ofendido y debe reparar la ofensa quien la ha motivado. Esa receta la escribió Dionisia para mí; no para V.... Y créame. No exija V. más explicaciones. Es angelical, no lo dude V.: ha previsto á que agitaciones y disgustos pudiera traerme una pasión novelesca. Y bien mirado, amigo mio, tantas penas han atravesado mi corazón que me encuentro en un estado lamentable. Aquellas nieblas de París, han causado esta leve tosecilla que me anuncia de que tengo que morir. Tantas privaciones, tanta soledad, tantos disgustos me tienen... Vea V.—Y me enseñó su cintura y sus brazos.—Me tienen estenuada. No soy más que un lirio deshojado por las tempestades políticas, no soy más.—Y se descubrió un poco el pecho.—No soy más que un modelo de anatomía.—Sus ojos se llenaron de lágrimas... No pude contenerme: déjame Angela, que abraza á la víctima de la revolución... La estreché entre mis brazos y noté que no era en verdad más que una sombra, un rastro, un sutilísimo perfil. Este abrazo apagó cualquier mal instinto que pudiera abrigar mi corazón. La compasión se alojó en él á sus anchuras. Angela volvió á tomar la palabra y dijo:

—Estoy más aliviada; tenía un remordimiento, bendito él sea. Un remordimiento es el esfuerzo que el alma hace para recuperar el equilibrio perdido; un remordimiento es un signo de grandeza que exige la confesión de nuestras faltas. ¡Ay Dios mio! que sería del alma encerrada en sus propios senos! La soledad del corazón es una noche oscura, en la que las pasiones se transforman en tempestades y los errores en delirios. Feliz ¡Dios mio! feliz el que encuentra á quien confesar sus faltas, quiero decir, el que encuentra los socorros morales de sus semejantes. No creo que V. pueda negarme estos consuelos, si medita la sentencia de Homero: «Los extranjeros llegan á nuestras puertas por mandato de Júpiter.» Yo sola puedo penetrar la profunda filo-

sófia de tal sentencia. Ha mucho tiempo que sentía una secreta simpatía por V.: deseaba hablarle, deseaba que V. me conociese; y después que le he hablado y que le he conocido, por circunstancias que nosotros llamamos casuales, y que más bien pudieramos decir misteriosas ó divinas, sentí cierta agitación que á Dionisia sola confié. Esta criatura, que es mi ángel tutelar, me ha dicho: Angela, estás al borde de un abismo. Sus palabras son proféticas para mí: cuando V. la trate lo serán también para V.. Pues bien esta Sivila nos dice, «En vez de amor, amistad»... Pero, ¿qué digo ¡Dios mio! Estoy sin duda trastornada! Por qué confundí mis afecciones con las suyas? Por qué le presto mis sentimientos? Por qué me igualo?...

—Angela, tengo que interrumpirte: he participado de esas mismas afecciones. Dionisia me dió su receta porque penetró bien pronto mi dolencia. No quiero por ahora decir más: continúa y llámame de tú, ¿lo oyes? de tú, como yo te llamo.

—Pues mira: sabiendo lo que acabas de decir, me siento más animada; me parece que valgo más que valía: al menos puedo decir: no bajo al sepulcro sin haber encontrado un alma que me comprenda. Muchas veces sentada en la fuente de los naranjos en las mañanas de primavera, tendía la vista por el florido valle y le decía: tu siquiera ostentas tu túnica de mil colores é invitas á los que pasan á que se detengan á admirarte y á respirar tus perfumes. Muchas tardes al oscurecer veía brillar una lucerna entre el moho de las paredes «tu también tienes tu día de gala en la creación; tu también difundes algunos rayos de luz..... Pero la pobre Angela, no tendrá un cuarto de hora siquiera en el cuadrante de la eternidad, para lucir, sino su talento ni su ingenio, su sensibilidad, su ternura, esos raudales de vida que el Altísimo vertió en su inteligencia....» Muchas veces cogía la pluma y trasladaba al papel los sentimientos que de mi corazón brotaban: componía un discurso sobre un asunto cualquiera; sobre el nido de los mirtos, sobre la aparición de las violetas, sobre la llegada

del ruisenor..... Muchas otras escribia unas páginas sobre el martirologio de la política, sobre la tolerancia y la civilidad. Y bien, me decia despues de escrito, estas pocas líneas no pasarán por la vista de ningun mortal: ellas y yo seremos y pasaremos desapercibidas de todo el género humano!...

—Dime Angela, ¿conservas esos manuscritos? Me habrá mandado Dios para que los recoja y haga conocer á la Stael de España?

—Los conservo sí; los unité todos y te los dedicaré á ti solo; pero no pienses merezcan la luz pública. Mientras viva al menos no quiero que de mi hables á nadie.

—Y por qué? Pues no te quejas de tu misma oscuridad?

—No por cierto. Me quejaba solo de no tener un amigo. Siempre me pareció el sumo bien la union de dos almas que entrelazando las alas de las afecciones honestas, suben y se elevan hasta perder de vista las fugaces impresiones de esta realidad tan seductora y efimera... Me has entendido? Podremos ser lo que acabo de decir y lo que Dionisia nos prescribe? Exijo de tí una respuesta franca. Ya ves si yo he sido ingenua: ya ves si me hubieran faltado recursos para disimular mis afecciones y para explorar las tuyas. Hubieras dicho entonces: Angela es una coqueta, es como todas las demas. Nos hubieramos engañado mutuamente unos cuantos dias, ¿y para qué todo eso? Entre nosotros no puede haber mas que amistad; amistad pura y sola amistad. Juremos no quebrantar sus leyes y no tendremos de que avergonzarnos nunca. He hablado mucho y estoy algo conmovida, pero deseo oír tu opinion: tienes la palabra, di.—

N. MARTIN MATEOS.

## EL ESPÍRITO,

NOVELA POR FEDERICO SOULIÉ.

(CONTINUACION.)

—El veneno! replicó Spaffa, me pides el veneno?

—Lo pido repitió Fiavilla, cuyos ojos brillaban con el fulgor de una esperanza sombría.

Estas palabras cambiaron la escena. Hubiérase dicho que era Fiavilla quien venia á imponer á Spaffa la venganza, al ver la tranquilidad con que tendió la mano y el temblor con que Spaffa la dió el veneno. La Marquesa le dijo.

—Esta noche á las diez debe venir á prepararse para acompañar á la Condesa á una reunion en la embajada. Acudid á la media noche que entonces tal vez estará todo acabado.

Dicho esto se alejaron juntos y entraron en París acompañando Spaffa á Fiavilla hasta las inmediaciones de su habitacion sin que durante el camino ni uno ni otro pronunciáran una palabra. La Marquesa entró en su casa donde solo estaba Jaffarino á quien encargó la advirtiese la llegada de Faviani, y se encerró despues en el gabinete. Se vistió de nuevo con una prontitud desacostumbrada y sin titubear en la eleccion de trage, ni en el sitio donde debia encontrarle, dando en todo muestra de una decision clara y firme, y de que tenia perfecto conocimiento de lo que hacia. Asi pasó ocupada una hora, á cuyo tiempo entró Faviani; le llamó y tomándole amigablemente de la mano le condujo á la habitacion.

—Faviani, le dijo, tengo una cosa que deciros, y como es asunto de media hora os ruego que me escuchéis.

El Marqués la siguió con repugnancia temiendo una escena desagradable, mas no autorizándole el tono de Fiavilla á una brutal negativa, se dejó conducir. Entrados en la habitacion de aquella, acercó dos sillas, como preparando una larga conversacion por lo cual recelando el Marqués disputas y reconvenciones tomó un aire sombrío y disponiéndose á interrumpir á Fiavilla la hizo seña de que podia hablar.

—Faviani, le dijo esta, he recibido hoy ciertas noticias de Nápoles que ecsigen una resolucion y quiero consultarosla.

—Ah! comprendo dijo vivamente el Marqués, serán algunas cartas de vuestra familia que os ecsigirá el divorcio.

Dios mio ! no teniais necesidad de consultarme; podeis desde luego seguir sus consejos. Al decir estas palabras se levantó para salir.

—Os engañais, repuso la Marquesa, y tocais á pesar mio un asunto de que me habia propuesto no hablar. Lo que os he querido consultar lo hubiera consultado con un extraño, con el hombre á quien me uniesen menos lazos en el mundo, si pudiera confiarle un secreto.

Volvió á sentarse Faviani pareciéndole muy curioso este nuevo interes de la vida de Fiavilla, esta resolucion estraña á sus derechos y á su vida de esposa.—Esta continuó.

—Hoy he sabido el arresto de los Señores... y dijo á Faviani los nombres que habia oido en la playa de Nápoles;—Faviani se acercó. Conoceis continuó aquella, su crimen, descubierto (segun parece) por una traicion; en cuyo caso, como tambien sabeis, la justicia de los Carbonarios condena á muerte al traidor.

—Quién es el traidor? esclamo Faviani; ¿Quién es el traidor?

—No le conozco, respondió Fiavilla, con afectada sencillez; pero creo está en Francia.

—En Francia! repitió Faviani mirando asustado en derredor como si temiera oir su nombre saliendo de algun oscuro rincón del cuarto.

—Tambien está designado el que debe cumplir la sentencia.

—¿Eres tu acaso? interrumpió Faviani.

—Creo que no, repuso friamente Fiavilla, vos lo sereis ú otro cualquiera, porque ejecucion tan terrible nunca seria confiada á la debilidad de una muger. Entretanto, y antes de revelar el nombre de la victima y del verdugo, han querido asegurarse nuevamente de la fidelidad de todos aquellos que han prestado el fatal juramento, por medio de otro que á mi vez me han ecsigido.

—A vos? dijo Faviani mirando aterrizado á la Marquesa.

—A mi, repitió esta mirándole tambien con penetrante fijeza.

—A vos sola, insistió él todavia.

—A mi sola respondió Fiavilla.

Largo silencio siguió á esta respuesta. Faviani fijos y dilatados sus ojos, dejaba asomar á su rostro las mil emociones que le desgarraban y comenzaba á entrever la verdad, aunque sin estar seguro de ella. Recordaba la seduccion de la Condesa, las imprudentes confianzas que, bajo promesa de olvidarlas la habia hecho y que, segun temia, pudieran por su ligereza haber sido reveladas á algun infame delator; pero aun su amor se resistia á la idea de que Octavia fuese culpable de infidencia. De pronto volviendo á entregarse á aquella ceguedad en que desde mucho tiempo antes caminaba sin atreverse á mirar la senda que habia escogido, forzado á ver en las noticias de Fiavilla conclusiones que directamente le acusaban, exclamó sacudiendo la cabeza.

—Todo eso es un tejido de embustes inventado por algunos locos para reanimar un espiritu moribundo de conspiracion, y es preciso que hayais perdido la cabeza para darle el menor crédito; ¿Quién es el intrigante mensajero que no ha encontrado otro modo de venir á mendigar á Francia en nombre de la Patria? ¿Quién es esa victima y ese verdugo? ese traidor y ese Seide? ¿Es acaso algun hombre pacifico de quien un miserable espadachin espera sacar algunos escudos? ¿Habrá un puñal en forma de cruz clavado en el pecho del culpable con las palabras escritas en el puño «*Esta es la justicia de los carbonarios?*» vamos, querida Fiavilla, os han engañado como á un niño, y os han hecho creer una historia de los jueces francos.

Aturdido el Marqués con sus propias palabras iba á salir del gabinete pero Fiavilla le dijo deteniéndole dulcemente.

—Si es tal vuestra opinion decidme, á lo menos, lo que debo responder á Spaffa cuando venga esta noche á saber mi decision.

—Spaffa! Ha venido Spaffa! dijo el Marqués quedándose inmóvil.

—Sí, Spaffa, respondió Fiavilla colocándose entre Faviani y la puerta, Spaffa es el mensajero, vos sois la victima, dijo alzando la voz, y yo soy el verdugo.

(Se continuará.)

## COLEGIO MAYOR DEL ARZOBISPO.

Su fachada es la que representa el grabado de este número. Fué fundado en 1522 por el Arzobispo de Toledo, D. Alonso de Fonseca, que era hijo de Salamanca, y lo dotó con pingües rentas. Tanto este Colegio, como los otros tres de su clase, San Bartolomé, Cuenca y Oviedo, fueron fundacion de Obispos, y se erigieron á fines del siglo XV ó principios del XVI. Carlos III, á quien no satisfizo la organizacion y régimen que en ellos se observaba, reasumió su jurisdiccion, suspendiendo por órdenes de 1771 y 72 los patronos, proponiéndose mejorar los Establecimientos. No lo llevó á efecto, y sus bienes se vendieron en gran parte al empezar este siglo. Fernando VII los restableció en 1816 y 1830, volviendo á cerrarse en 1836. Hoy ocupa la parte principal del Arzobispo, por concesion del Gobierno, el Colegio de Nobles Irlandeses, erigido en 1592 por Felipe II. La estensa hospedería del mismo, sirve de Hospital militar. En la Capilla de este Colegio, hay un retablo y cuadros de Berruguete.

---

**Los periódicos franceses publican el siguiente cuento.**—Hace algunos dias que un sugeto bien vestido entró en casa de uno de los principales sombrereros de París en las cercanías de la plaza de la Bolsa, y le dijo:

—Os traigo este diseño de nueva forma. Tened la bondad de hacerme para mañana 25 sombreros conforme á él.

Alegre con este pedido el sombrerero, emprendió desde luego la obra. Cuando Hegó el vigésimoquinto se lo puso, y mirándose en un espejo halló que la forma era elegante.

—Quiero, dijo, hacer uno mas, que será para mí.

Y tan pronto como lo dijo lo hizo.

El desconocido del dia antes volvió á presentarse, examinó los sombreros, y hallándolos á su gusto, pagó y se los llevó.

Llegado el domingo, el sombrerero mandó cerrar la tienda, y se dijo:

—Hace sol, el cielo está despejado; es menester estrenar mi sombrero nuevo.

En seguida se vistió, tomó á su mujer del brazo, y se fué con ella á dar una vuelta á los Campos Eliseos.

Durante su camino encontró en la multitud hombres con sombreros lo mismo que el suyo, los cuales se detenian por un momento al ver el sombrero, y parecian dirigirles señas de inteligencia.

—Todo va bien, amigo mio, le dijo uno de ellos confundiéndose en los grupos.

En aquel instante el sombrerero se sintió acometido de una idea repentina.

—Acaso, dijo para sí, estos hombres son miembros de alguna sociedad secreta. Está visto: he fabricado sin saberlo signos de reunion.

Hablando de este modo llegó al arco de triunfo de la Estrella, y en el punto en que estaba examinando la plataforma del monumento donde se va á colocar la victoria, uno de los 25 le detuvo por la manga:

—Amigo mio, dijo, toma esto pronto, y ponlo en tu profundo.

Eran tres magnificos relojes de oro con sus cadenas cortadas. Otro le llevó pañuelos.

El sombrerero, temblando de miedo, comprendió entonces que aquellos hombres eran de una cuadrilla de ladrones. En seguida, y muy asustado, fué á contárselo todo al primer comisario de policía que encontró, y alcabo de pocos minutos fueron arrestados todos cuantos llevaban el sombrero en cuestion.

---

SALAMANCA:

Imprenta de D. Telesforo Oliva,

Calle de la Rua, número 25.